



gurarían y disimularían su inofensivo aspecto, en ciernes y sospechas de calañas de animales. Quizá el blanco de la pista conjugue bien con su albo vestido, y así lo entendieron aquellos artistas japoneses que un día hicieron las delicias del público con ilusionismos cocotológicos.

Pero esto sólo ha sido una salida fugaz al mundo de la popularidad. Secretamente, como si se tratase de un análisis clínico o bacteriológico, se comenzó a trabajar sobre ello tanto en España como en Argentina. Ahora ya, los libros publicados van dando a conocer el esfuerzo de la paciencia de unos cuantos artistas.

Su característica esencial estriba en la creación, en el impulso a conformar nuevos modelos. Tiene, pues, el aire universal de su arte, que no me atrevo a creer que Hegel calificaría de clásico, pero sí, a lo menos, como hijo—algo enclenque todavía—, como retoño de la escultura.

Su desarrollo, breve, pero rápido, ha originado ya sus discusiones y todo. Hasta aquello que don Miguel de Unamuno presentaba, cuando su don Fulgencio seguía pensando en escribir un tratado más extenso sobre la cocotología, «con su bibliografía, por supuesto; sus notas y notas a las notas», se ha hecho realidad. Se ha empezado a polemizar con su naturaleza; en España predomina la tesis del arte, y en Argentina, con el doctor Solórzano, la de ciencia. Para demostrarlo, ha escrito su «Tratado de papiroflexia superior», donde aplica un aparato de medición, llamado el deltoidómetro—si mal no recuerdo—, y unas leyes progresivas de flexión. Todo un rollo, como diría cualquier castizo estudiante español.

Después, los autores han dudado sobre el nombre. Ya Unamuno tuvo sus reparos sobre ello. Pensó en bautizarla primeramente con el de «Papyornithología», pero indudablemente debió de asustarse y pensar que el arte naciente no tenía la culpa de poseer un paare tan ducho en griego y tan poco previsor, pues no es menos cierto que, con tal apodo el pobre sólo hubiese tenido éxito en Alemania, donde no es obstáculo pronunciar palabras interminables. Por ello se decidió por la otra, más asequible a nuestro oído y que procede del francés «cocottes», pajarita de papel, en su sentido traslaticio, al igual que mozas de vida alegre, tan frágiles unas como otras. En castellano, sin esta explicación, pierde su sentido, en cuanto cocote es sólo similar a cogote.

También hubo de desdenarse el título de papirología, por su olor a pirámide y a momia faraónica. En España predomina papiroflexia, que es más descriptivo y se entra como agua por los ojos. En Argentina, la de papirozo, aunque no cuaja, pues es muy reducida, ya que deja fuera de la definición aquellas creaciones que tan caras nos son por los recuerdos infantiles que en nosotros despiertan. ¿Y quién no sabe hacer el bonete del cura, la silla o la mitra? Otra definición, que también nos viene de Argentina, es excesivamente técnica: la deltoidología, procedente de la figura que, esencialmente, es base y partida para la mayoría de las creaciones, muy similar al cometa y a la letra griega delta, y de ahí su nombre.

E igual sucede con los monigotes obtenidos: cocotas, deltoiditas, papirolas. Llamémosles pajarillas o pajaritas, que así es en castellano, y que suena a alegre cascabel o arte risueño para querubines cachinosos, y por eso se dice, cuando a uno se le alborota el cuerpo, «que se le alegran las pajarillas». Papirolas, no, porque, en definitiva, papirolada o papirolado, o es necedad o es sopa hecha con pan y ajos, y si bien es cierto que la pajarita es sosa, no es necia ni ignorante; es pajarilla, a secas. Pero, en fin, ustedes pueden usar la que gusten.

Más violenta es la división entre los puros amantes del sólo doblaje, del único uso de los dedos, y de los que admiten las tijeras como auxiliares. Entre estos últimos, el doctor Solórzano, en Buenos Aires, y el doctor Montero, en Valladolid. En cambio, Eduardo Blanco Amor, en su prólogo al libro de Giordano Loreo, grita aconsejando: «Lo fundamental de la papirología consiste en no cortar ni pegar. La cocotología es un problema cuyo planteamiento es un papel; su desarrollo, una serie de plegados inexorables, en constancia, ritmo y medida, cuya incógnita es la figura. Todo lo que no sea esto, es fraude vil. ¡Ojo, catecúmenos de la papirología! ¡A no cortar y a no pegar!» Y después de esto admonición, los catecúmenos, profundamente avergonzados, esconden las tijeras y hacen acto de fe y protesta de su único afán por utilizar las manos.

En cambio, los antecedentes históricos brillan por su ausencia. Confesemos ruborosamente que no tenemos noticias lejanas, ni siquiera borrontos, de que los hombres del neolítico, los sátrapas orientales, Vespasiano, Juliano el Apóstata o Napoleón, hicieran pajaritas. Si las hicieron, cualquiera sabe qué manos de chiquillo sonriente y jugueteón acabaron con sus días. Ahí está la clave de la grandiosidad de tal oficio: hacer y crear para verlo pronto rato por quien y para quien se hizo.

Y aquí se hunde todo intento de buscar noticias históricas. Quizá esa papirola de caballero moruno que sobre corcel cabalga en el Museo de Nüremberg sea lo único que nos impida andar a la cordobana en materia de historia, antecedentes y prolegómenos.

Pero, una vez lanzado, no se ha parado en barras. Unamuno, con su humor acre y áspero, ya señaló que si los animales poseían estructura geométrica, difícil le iba a ser a Darwin, si renaciese, volver a empezar con eso de la transformación, en cuanto si cada animal sólo puede surgir de un cuadrado, mal puede proceder una especie de otra. Años más tarde—allá por 1936—, Carlos Alberto Leumann, en «La Prensa», de Buenos Aires, se atreve a remachar sobre las consecuencias metafísicas de la ciencia de las pajaritas, que invitan a ensayar una aproximación de los estudios zoológicos a la geometría.

Mas dejando aparte sesudos problemas, que oscilan entre la filosofía y la chirigota, como cabriola de paradoja o brillo fugaz de greguería, recordemos su estructura locacional, como dirían los economistas. Recientemente, en Madrid, un diario organizó un concurso de cocotología, al que acudieron diversos aficionados, que pusieron de manifiesto su ingenio y su paciencia. Y a raíz de su terminación, el mismo periódico publicó un suelto que anunciaba la constitución en Buenos Aires de una Sociedad Universal Propulsora de la Papirología y Papiroflexia.

No hay más detalles sobre esta nueva asociación, pero es de suponer que pronto publicará su revista, con problemas doctrinales, nuevas creaciones, investigaciones históricas y anuncios—muchos anuncios—de fabricantes de papel, y tendrá sus Congresos anuales en diferentes ciudades del mundo aprovechando las fiestas más típicas de cada una... como hacen todos los congresistas, que así van por atún y a ver al duque.

Pero, en fin, lo que nadie puede poner en duda es su raigambre hispana. Nació en España, donde Unamuno hizo oficio de padrino, y se ha desarrollado potentemente en Argentina, de donde salen hoy los mejores libros sobre la materia. Y así, otra vez más, aparece un nexo entre dos naciones que hasta en lo pequeño, frágil y liviano se parecen, aunque, por esta vez, sea tan menudo y tan quebradizo como el papel.

"COCOTOLOGÍA" EN ARGENTINA Y ESPAÑA

Por ENRIQUE CEREZO CARRASCO

HASTA hace muy poco tiempo, el hacer pajaritas de papel fué un sencillo entretenimiento de crios y quayates. Pero desde que Froebel descubrió en ese quehacer un filón para sus experimentos pedagógicos, en el mundo se ha promovido una corriente de afición. A ese remover de los dedos en torno a un papel, hasta conseguir, a fuerza de doblar y desdoblarse, una figura, lo llamó Unamuno la «cocotología». Raro nombre, y más rara actividad para ser llevada a cabo por hombres serios y barbados, que allá lejos, en lo íntimo de su vida, dan forma a pájaros de rígidas alas y frágiles picos. Suelen huir de la publicidad, mientras su prestigio y su nombre no les respalda su extravagancia, y por ello todavía no ha existido un solo aficionado—que yo sepa—que en la tarjeta haga constar su condición de cocotólogo, su pena de exponerse a verse encuadrado en las páginas del «Club de los Negocios Raros», y a nadie le gusta sentar plaza de personaje de Chesterton, con la desventaja de que el resultado de los dobleces del papel no es, hasta la fecha, ningún medio de ganarse la vida.

Sólo lo sería desde un punto de vista circense, porque allí, en la pista, los «cocotas», mimetizadas por la luz refulgente, confi-

(FOTOGRAFÍAS DEL AUTOR)